

El guiño de Obama

Por Leticia Calderón Chelius¹

En política no hay coincidencias. La visita que el Presidente de Estados Unidos, Barak Obama, realizará a México el 2 de mayo próximo, está lejos de ser una casualidad. Se trata de una visita que se anuncia como un encuentro amistoso entre dos presidentes que construyen una relación a partir de, enfatizar aún más, la cooperación que ambos gobiernos han mantenido en los últimos años. La información oficial es que en el centro de las reuniones se discutirán los marcos de entendimiento sobre desarrollo económico, no sólo de México, sino incluso de la región centroamericana, dado que una vez que Obama pase por la capital mexicana, visitará Costa Rica como parte de esta misma agenda.

Hasta aquí la nota es diplomática y el anuncio de una visita oficial más de un presidente a otro en su propia casa. Pero en el caso de este encuentro, los tiempos, las formas, los temas y hasta los símbolos están cuidadosamente pensados. Obama viene a México a pocos días de que se presentó en el Congreso de su país la *Propuesta de Ley Bipartidista, Seguridad fronteriza, Oportunidades económicas y Acta de modernización inmigratoria*, lo cual para México no es tema menor.

¹ Profesora investigadora del Instituto Mora. Correo electrónico: LCalderon@institutomora.edu.mx

Obama viene a México a pocos días de que se presentó en el Congreso de su país la *Propuesta de Ley Bipartidista, Seguridad fronteriza, Oportunidades económicas y Acta de modernización inmigratoria...*

Ciertamente, es claro que en nuestro país no se espera un anuncio concreto en cuanto a la posible aprobación de dicha reforma, debido a que ésta se encuentra en el camino de lo que será un duro debate entre los 435 miembros del Congreso estadounidense. Los ajustes, acuerdos y alcances de lo que se proponga en esa reforma se estarán discutiendo las próximas semanas y, por tanto, es imposible adelantar resultados. Sin embargo, hay señales que muestran que hay acuerdos entre demócratas y republicanos en cuanto a los ejes centrales presentados para esa reforma, que hacen previsible que avance con cambios, incluso mayores, que finalmente redundarán en una reforma migratoria este mismo año, incluso este semestre.

Es en este escenario estadounidense que la visita del presidente Obama a nuestro país se presenta como un mensaje a un sector que ha presionado electoralmente para que esta agenda avance. Es un guiño de ojo, coqueto y persuasivo, al más puro estilo seductor de Obama, hacia ese electorado latino, predominantemente de origen mexicano, que votó por los demócratas en casi un 70 por ciento hace menos de un año.

Con esta visita, Obama da muestras de su voluntad para que el proceso de promulgar una reforma migratoria siga su marcha; y qué mejor muestra de su compromiso que visitar al país directamente impactado en este tema, al que también le guiña el ojo, haciéndolo parte de un proceso que, se nos repite, “*es interno y exclusivo de Estados Unidos*”. México sólo es un testigo de honor, nos dicen, ante los directamente afectados, los migrantes y sus aliados, quienes dan claras muestras de tener opiniones, demandas y propuestas.

La visita de Obama se realiza, además, en días previos a la festividad latina por excelencia en Estados Unidos, la del 5 de mayo, por lo que se prevé que la Casa Blanca tendrá una celebración sin cuestionamientos en el tema y, quizás, hasta habrá alguna declaración en español del mismo presidente.

Si esta parte simbólica es central en el momento político de Estados Unidos, aunque sea con una visita relámpago, esto, desafortunadamente, no parece que podrá modificar la situación general de México en cuanto a su relación con ese país. El tema de la violencia, como un hecho que azota al territorio nacional de manera aún más severa en los últimos años, especialmente en los estados fronterizos con el vecino del norte, tiene un componente que se alimenta directamente de lo que se acuerda, decide y ejecuta en Estados Unidos. En términos generales, el marco que define el

La visita de Obama se realiza, además, en días previos a la festividad latina por excelencia en Estados Unidos...

Plan Mérida no contempla la salvaguarda de los derechos humanos por encima de una confrontación con el crimen y sus consecuencias en nuestro país. Basten ejemplos como el tan debatido escándalo de la Operación *Rápido y furioso*, en la que se traficó con armas de manera secreta e ilegal hacia México, las cuales fueron infiltradas en el mercado negro y entre los carteles de drogas en un intento de rastrear las redes criminales, pero con consecuencias terribles para la población civil mexicana, e incluso para algún ciudadano estadounidense. Pese a los juicios y revisiones del protocolo, no ocurrió prácticamente nada

para revertir esa situación y la operación quedó en el limbo.

Por otro lado, el discurso sobre la seguridad vinculada a la migración tampoco parece moverse un ápice de la idea militar de gobierno de Estados Unidos sobre el control de sus fronteras, lo que es punto de arranque y

Por tanto, este universo de migrantes que asciende a 12 millones de potenciales solicitantes (de los cuales seis millones son mexicanos), no tendrían derechos de residencia definitiva...

condición de la propuesta de reforma migratoria. Sólo aceptando incrementar el control fronterizo se lograron conciliar posturas antagónicas frente al tema migratorio. Dicho de otra manera, lo que permitió que avanzara el acuerdo para presentar una propuesta de reforma migratoria fue la decisión de poner por encima de los migrantes el control fronterizo. Esta idea preserva la sospecha permanente de que los migrantes son sujetos externos a los que hay que mantener vigilados.

Veamos esto con detalle: Si bien la propuesta migratoria (en los términos actuales) plantea que generará un nuevo registro para los solicitantes que tendrán derecho a permanecer en Estados Unidos de manera documentada por diez años, sin peligro de deportación, con permiso de cambiar de empleador (lo que no ocurriría con las visas para los trabajadores agrícolas) y con la posibilidad de viajar al extranjero (lo que, con todo lo restrictivo que pueda ser la reforma, significaría un alivio para millones de personas), es preciso señalar que este formato no es un trámite de visado ordinario, sino una mera fórmula de registro ante Estados Unidos, dado que, al término de los diez años, los beneficiados de este proyecto tendrían que iniciar una solicitud de residencia temporal (conocida como *green card*). Por tanto, este universo de migrantes que asciende a 12 millones de potenciales solicitantes (de los cuales seis millones son mexicanos), no tendrían derechos de residencia definitiva ni ningún tipo de derechos políticos. La estancia permanente sólo se podría tramitar al cabo de diez años de vivir en ese país, cumplir diversos requisitos y pagos de derechos.

El punto delicado es que toda esta ruta de regularización que podrán seguir los migrantes que hayan llegado antes del 31 de diciembre del 2011, se basa en que, primero y antes que nada, se perfeccionen las medidas de control en la frontera, por medio de continuar con la construcción del muro que divide a los dos países y de aumentar el número de agentes para vigilancia aérea y terrestre (se calculan 3 500

agentes adicionales). Éste es el punto que se va a discutir con más fuerza los próximos días y semanas en el Congreso estadounidense. Evidentemente, la insistencia de vincular migración y seguridad mantiene un tono muy poco hospitalario hacia la inmigración porque se privilegia la sospecha y el control.

El escenario político estadounidense es muy complejo y ha dado un giro paulatino pero determinante hacia una posición en general favorable a la migración, aunque hay grupos “ultra conservadores” que se oponen a la regularización de éstos migrantes y críticos feroces, pero no son la mayoría y se encuentran geográficamente muy ubicados. Un porcentaje más alto se muestra a favor de la idea de regularizar la situación de millones de personas que llegaron a suelo norteamericano en las últimas dos décadas.

Sin embargo, lo que no ha cambiado y no podemos perderlo de vista es que en la cultura política estadounidense prevalece la idea de que las amenazas vienen de fuera, que es el exterior el que busca dañar a Estados Unidos y que la nación debe reforzar sus filtros: “Sí a la regularización, pero extremando controles y fortificando fronteras”, ésa es la paradoja. Ese discurso se alimenta de inmediato con actos de barbarie como los recientemente acontecidos en Boston que, dada la prontitud de la respuesta policiaca, que incluso fortaleció la imagen presidencial, no derivó en una asociación generalizada de migración y terrorismo, aunque sí hubo algunos grupos que argumentaron que era necesario posponer el debate sobre la reforma migratoria. Afortunadamente, este argumento no cobró fuerza, lo cual no implica que no se diera un discurso que insiste en la nacionalidad de los atacantes por encima de sus motivos o la obviedad de que la crueldad extrema no tiene nacionalidad. Sobra decir que el peligro de que ese ataque terrorista opacara nuevamente el debate migratorio volvió a la cabeza de muchos, pues precisamente así ocurrió en el 2001.

Para el presidente Peña Nieto y su equipo hay un interés genuino en cambiar las coordenadas de la relación con Estados Unidos, pero no pueden omitir que, dado el escenario migratorio señalado, seguirá habiendo deportaciones, retorno masivo al país y flujo permanente entre ambas naciones. México está obligado a plantear el tema dado que la separación de las familias es uno de los puntos de mayor impacto y dolor para miles de mexicanos y sus hijos, muchos de ellos ciudadanos estadounidenses, que han sufrido durante los años más duros para los inmigrantes, siendo, irónicamente, los años de Obama. México no ha logrado siquiera que se respeten los protocolos de retorno asistido, la deportación de menores, ni los

El escenario político estadounidense es muy complejo y ha dado un giro paulatino pero determinante hacia una posición en general favorable a la migración...

México está obligado a plantear el tema...

Ser la voz de quienes no estarán en ese encuentro de presidentes haría una diferencia de lo que tuvimos en el pasado gobierno, ajeno a este tipo de demandas.

horarios de cruce convenido para que quienes son devueltos al país enfrenten menos penurias y peligros. Esto no lo va a resolver Obama directamente, pero debe oírlo, las veces que sea necesario, por boca de los funcionarios de más alto rango de este país. Nuestro mandatario podría mencionar, entre tantos otros ejemplos, la campaña que reúne miles de cartas escritas por niños mexicanos afectados por la deportación de sus padres, para que sean entregadas al mismo Obama, la llamada “Operación Saulito”. Ser la voz de quienes no estarán en ese encuentro de presidentes haría una diferencia de lo que tuvimos en el pasado gobierno, ajeno a este tipo de demandas.

La visita presidencial estadounidense pone en el escaparate mundial el hecho de que México tiene que frenar la violencia, así como controlar los estallidos sociales con crecimiento sostenido y políticas de equidad reales. Estados Unidos tiene responsabilidad en esta situación como líder mundial, pero también porque sería un gran beneficiario de un cambio en las condiciones estructurales de México. Por eso, sigue resultando irónico que el país vecino del norte se pertreche con muros, que lo único que hacen es complicar el flujo migratorio y el comercio fronterizo.

Mientras que en México, la idea es que la reforma migratoria permita la legalización de los mexicanos indocumentados, que facilite la movilidad de personas entre países, que haga posible a la gente reunirse con su familia, y que a la vez dinamice la economía binacional a través del flujo creciente de mercancías, productos y turismo que, si hubiera las condiciones de seguridad necesarias en nuestro país, haría de México el destino más deseado para una comunidad latina de casi 50 millones de personas deseosas de respirar su origen, de los cuales casi 12 millones de personas son ciudadanos mexicanos

Estados Unidos, y Obama directamente, tienen responsabilidad hacia México, porque los años del ascenso de la violencia en el país coinciden con su gobierno y con la actitud a todas luces tibia frente a las redes transnacionales del crimen organizado que, para cualquiera, es evidente que no acaban en la frontera aun con todos los muros que han puesto, los controles inteligentes y los seguros de origen militar. La evidencia muestra que la transnacionalización del crimen se alimenta de la impunidad en ambos países. De eso pueden hablar los presidentes, de cambiar las reglas del juego y reconocer la dimensión compartida de una historia, una frontera, una vinculación geográfica que no permite discursos evasivos. Ciertamente, las visitas entre mandatarios son, más que todo y por encima de ingenuidades, un acto simbólico, de consumo para sus audiencias políticas, pero, también, pueden ser la oportunidad para acordar grandes acciones, algunas concretas, pequeñas, inmediatas, que impacten la vida de millones de personas. Muchos lo agradecerán. 